

B. Sánchez Mateos

Poesías



Sánchez Mateos. — POESÍAS

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500769838



DRPS
FA
982

B. Sánchez Mateos

Poesías



TIP. Y LIB. DE "EL CRONISTA"

SERRADILLA

B. Sánchez Mateos. — POESÍAS.

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

POESIAS



FL DRPS / FA / 0982

0500769838

B. Sánchez Mateos

Poesías



TIP. Y LIB. DE "EL CRONISTA"

SERRADILLA



UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA

N.º COPIA.....



D. Bernardino Sánchez y su obra

Nació D. Bernardino en Serradilla el 20 de Mayo de 1835, y falleció el 29 de Junio de 1884, a los 49 años de edad.

Cursó el bachillerato en el Instituto de Cáceres, obteniendo brillantes calificaciones.

Comenzó en Salamanca la carrera de Derecho y en la Universidad Central cursó los dos últimos años, obteniendo la licenciatura en 1859. Tanto en Salamanca como en Madrid, sobresalió por su talento y aplicación.

En 1864 contrajo matrimonio en esta villa, y demostró su resolución de preferir la paz del pueblo, más propia para su carácter y aficiones, a la vida inquieta y azarosa de las poblaciones.

Tuvo D. Bernardino Sánchez muy sólida formación literaria: versado en las lenguas griegas y latinas, ejercitose en traducciones de los clásicos, muy apreciadas por los inteligentes. Igualmente, leía en sus propias lenguas las más renombradas obras de autores franceses, portugueses e italianos. Con mucha estima conservamos de él una traducción libre de la «Jerusalén Libertada» del Tasso, en elocuente y sonora prosa castellana.

Aunque cursó la carrera de leyes, vióse después dominado por sus aficiones literarias. Ya en la juventud, probó la sal de la sabiduría escondida y paladeó las mieles de la gaya ciencia; no debe, pues, extrañarnos, que el traductor de las Geórgicas, sintiera desvíos hacia las «Institutas», «Digestos» y toda clase de compilaciones antiguas y novísimas.

En política fué D. Bernardino liberal romántico; así se muestra en su himno a los héroes de la independencia. ¡Cuán grande sería hoy su desencanto al ver tan rota y desteñida la *bandera de unión liberal*, en otro tiempo venerada como ideal redentor!

Por feliz inconsecuencia, muy frecuente en España, el doctrinarismo anejo a las ideas liberales, no turbó su fe católica, ni modificó sus dictámenes prácticos, conformes en todo con los de la vida cristiana. Deberíase esto en parte a su gran cultura y a la seriedad de vida que observó desde estudiante, pero más principalmente, al fuerte y sano ambiente religioso que se respira en Serradilla. Sus himnos al «Sol de Justicia Cristo Jesús», y más todavía, sus devotas y sentidas reseñas de las solemnes rogativas y jubileos serradillanos, prueban suficientemente este aserto. A tan distinguido bibliófilo no podía faltar un buen devocionario. En efecto le tenía; y por cierto muy usado y lleno de curiosas papeletas.

Aunque cierto poeta dijo: *yo con erudición cuánto sabría*, es cosa cierta que la mucha erudición merma frecuentemente la espontánea originalidad, necesaria en la poesía más que en arte alguno. Es frecuente encontrar en los libros de poesía muchas odas y sonetos correctos, impecables, pero fríos, como los bustos de mármol, sin color y sin vida. Mas nuestro poeta tiene a su favor otros méritos poco comunes, que bastan por sí solos para contarle entre los ungidos, y para que de par en par le sean abiertas las puertas del Parnaso.

D. Bernardino vivió la vida ideal de un poeta, no saliendo jamás de una dorada medianía, sin tocar en la bohemia,

y en el más absoluto y completo apartamiento de la vida política y mundana.

Fué algún tiempo diputado provincial por exigencias y trabajos de sus parientes y amigos. Aunque en la Diputación llegó a ser Vicepresidente, y redactó el reglamento que aun rige en aquella corporación, su residencia en la capital se empleó principalmente en ordenar y catalogar el Archivo y Biblioteca provincial, congestionada entonces y repleta como tienda de chamarilero, con los libros y papeles procedentes del reciente espolio de los conventos.

¿Qué contrapuestas ideas se agitarían en el ánimo de nuestro bibliófilo ante tan lamentable espectáculo? Acaso recordando al poeta vería correr las lágrimas desprendidas de aquellos monumentos del arte y del saber, como si ellos mismos presintieran las horribles mutilaciones a que la fatalidad les condenaba. (1)

No tuvo, pues, tiempo ni maña para hacer cosas en favor de los amigos, de esas que engendran la adhesión de los aines y el temor en los adversarios. Para gloria suya, podemos afirmar que su vida política fué un continuo fracaso.

A fuer de poeta, se mostró siempre gran enamorado, pero de los castos y limpios; si no tan llorón como Amadís, envuelto al menos en la plácida melancolía que siempre acompaña a los que rinden sincero culto al amor.

Este fuego sagrado se mantiene y aviva con renunciaciones y ofrendas; en medio de todo, es placentero siempre el amor a través del alma de nuestro poeta; no pertenece al grupo de los precitos tan numeroso en los de su clase, particularmente en nuestros días; sus lamentos no son de condenado. Según propia confesión, en un rato de mal humor pudo escribir contra la mujer, acaso recordando a la primera, tantas veces por los vates apostrofada; o, tal vez, por disculpable sugestión de otros poetas, en su tiempo muy leídos y estimados.

(1) Se alude principalmente a la «Biblia Prioral», precioso códice guadalupense, existente en la Biblioteca provincial de Cáceres, cuyas miniaturas están brutalmente recortadas.

En la mayor parte de sus composiciones amatorias⁸ manifiesta un acendrado y sincero optimismo; y en esta textura es cuando propiamente resplandece el lirismo de nuestro poeta. Esto se explica muy bien, recordando las circunstancias y detalles más trascendentales de su vida. En su más temprana juventud enamoróse de una gentil aldeana que fué después su muy amante esposa.

La zagala Aliemi, de claros ojos y dorados cabellos, ninfa que el dorado Tajo espejaba en sus remansos y besaba con sus auras, aparece en algunas de sus composiciones como genio astral o musa impalpable del poeta; fingida ésta acaso para dar celos a la otra, a la musa real, viva y palpitante, de imperiosos ojos negros, de ondulante cabellera, negra también como el ébano, de esbelto talle, gallarda y arrogante.

Esta fué la esposa de D. Bernardino: llamóse D.^a Plácida Rodrigo. Con ella se presentaba orgulloso en los próximos pueblos y ciudades, con su airoso traje de aldeana, pero segura de que para ser admirada y bien vista, bastaba su natural elegancia y hermosura.

No quiso el cielo conceder hijos a tan simpática y enamorada pareja, mas teniendo uno y otro nobles instintos paternales, trataron como hijo a un sobrino, con el que cumplieron a maravilla los deberes de instrucción y educación.

Tampoco el ánimo de D.^a Plácida se mostró estéril ante la fecunda influencia cultural y poética de su esclarecido esposo; los que la tratamos con alguna intimidad, podemos certificar de ello. Yo era su lector en tiempo de vacaciones, y jamás olvidaré los discretos y sabrosos comentarios que escuché de sus labios con motivo de los frecuentes piques de repaso al Quijote y otras obras del Príncipe de nuestros ingenios. Tampoco podré olvidar las lágrimas que siempre precedían a las lecturas en los libros de su difunto esposo, por lo que yo nunca las proponía, aunque mucho las deseara. Dichosos los que dejan de sí tan sana y santa semilla de eso que tienen de Dios, porque aunque sus esposas fueran estériles, nunca serán de ellas olvidados.

¡Cuánto podría yo contar en prueba de que esta mujer tenía corazón de madre! ¡Cómo sabía suavizar reprensiones

advertencias con mimos y golosinas! ¡Ay del que osara entender en lo más mínimo a los suyos! Los más dulces recuerdos de mi niñez van unidos al de mi madre y al suyo.

¿Cómo no alabar a éstas que supieron conservar la estimación de sus esposos poniéndose a tono con ellos?

Si todos los dones que vienen de lo alto son como el agua y la luz, difusivos y radiantes, acaso ninguno lo sea tanto como la cultura que se asienta en un espíritu elevado y noble: la influencia de nuestro poeta trascendía a todos sus familiares y amigos. Algunos tuvieron ocasión de aprovecharla desde sus tiempos de estudiante, pero en su hijo adoptivo Agustín fué tal la eficacia de su primera educación, que después por sí mismo ha podido adquirir conocimientos bastantes, no sólo para el ejercicio de su profesión, eminentemente cultural, sino también para la acertada educación de sus hijos.

No paga mal Agustín el paternal cariño que en unión de muchos beneficios recibió de sus queridos tíos: nada mejor ni más apropiado para mostrar su gratitud, que el sacar a luz estas composiciones poéticas librándolas del olvido. Ellas nos servirán a todos de piadoso recordatorio que renueve la memoria de quien tuvo la dicha de inspirarlas.

Perdone el lector si le es extraño el modo tan expansivo y familiar con que dejo correr la pluma en elogios, que no parecerán justos por lo interesados, ya que todos se dirigen a los que mucho amé y amo. Si me permito esta libertad es porque el editor me advirtió que la edición sería limitada por tratarse únicamente de ofrecer este homenaje familiar al poeta. Y no ciertamente porque éste no los merezca más ruidosos, sino porque acertadamente juzga que siendo hoy tan varios los gustos en estas materias, serían muy contadas las personas que supieran hacerse el cargo, para otorgar el aplauso que realmente merecen el autor y sus composiciones. Si curioso, el lector, me preguntare cuáles de las poesías contenidas en este libro son para mi gusto preferidas, le contestaré ingenuamente. Más que las

odas y sonetos, me admiran y deleitan otras composiciones de menos empeño y, al parecer, ligeras y fáciles: tales como «La flor del desierto», «A un niño dormido», «Letrilla», «Amor de niño», «La niña y el rosal».... En resumen: todas de niños, pero ninguna ñoña; y en eso encuentro yo el mérito, querido lector, porque al fin los verdaderos poetas son como niños, y el encanto de sus lectores devotos, consiste en el encanto y sugestión de creerse niños por un momento.

A nuestro poeta podríamos reconocerle a distintas edades, ya en el hijo del Caballero del verde gabán, ya en el Señor de la casona, que lleva en su mano la podadera y en sus bolsillos Las Geórgicas de Virgilio, o bien en nuestro llorado Gabriel y Galán por lo que al amor conyugal respecta.

Así, y sólo así, concibo yo que merezcan el nombre de vates los que con más o menos fortuna pretenden guiar a los hombres y a los pueblos.

ANGEL SANCHEZ RODRIGO



D. Bernardino Sánchez Mateos
(RETRATO)

Este hombre fué un poeta.
Tradujo al Tasso y a Virgilio;
leyó, escribió, vivió, soñó leyendas...
¡y su vida fué su mejor poema!

Estudió en Salamanca y en Madrid:
iba y venía, en diligencias.
Se enamoró de una mujer, y todo
lo del *mundo de triunfos* dió por ella.

Pudo ser... y no fué; como los pocos,
él se internó por la escondida senda.

Tenía un huerto, en que cuidaba
cinamomos y dalias y verbenas,
algodoneros y saucos,

naranjos, rosas blancas y camelias.
Flores de raros nombres
exóticos. ¡Oh dulce jardinero-poeta!

En la hora de las inspiraciones
llenó el papel de estrofas bellas,
bajo los ojos de su Aliemi,
verdes, como los tuvo Melibea.

Aquí su historia cabe: «Este fué un hombre
hondo y sencillo; en el vivir, poeta».

Tras el día de su tránsito,
su memoria nos deja
una fragancia perdurable
de blancas rosas, siempre frescas.

CELESTINO VEGA MATEOS



LA FLOR DEL DESIERTO

¿Por qué en este desierto
entre abrojos y espinas
naciste solitaria
donosa florecilla?

¿No ves? Tu esbelto tallo
el Aquilón inclina
y a tu modesto cáliz
fragancia y color quita.
Ninguno tus encantos
en este sitio admira,
y expuesta a los ardores
del sol del medio día,
sin nadie que derrame
con mano compasiva
sobre tu mustio tallo
un agua fresca y limpia,
te vas ¡oh tierna flor!

quedando ya marchita.
Mas, antes que concluya
tu beldad peregrina,
ven, vuela presurosa
a la ciudad vecina
y en sus bellos jardines
tendrás grata acogida.
Allí verás cual todos
tu posesión codician;
verás que entusiasmados
te alaban a porfia.
Quién la nieve y grana
de tu corola admira
y a todos les pondera
la fragancia divina
que de tu amante seño
con avidez aspira.
Quién absorto contempla
la apuesta gallardía
de tu planta que al cielo
quiere subir altiva,
y que orgullosa, a todas
las flores desafia.
Mas, ¡ay! no, no te vayas
hermosa florecita;
no salgas del desierto,
que todos te amarían,
y solo gozar quiero
de tu presencia amiga.

Y si quieres que solo
reciba tus caricias,
a tí, si lo deseas,
consagraré mi vida.



ALIEMI

Ya que tú fuiste la hermosa
mujer a quien me rendí,
la primera que sentí
me robaba el corazón,
aunque tu pecho no inflame
de mi amor ni una centella,
¡ay Aliemi, Aliemi bella,
ámame por compasión!!

Ese pecho do se encierra
corazón ardiente y puro,
es, Aliemi, mármol duro
si resiste a mi pasión:
mas, si llantos y suspiros
en tí nunca hicieron mella,
¡ay Aliemi, Aliemi bella,
ámame por compasión!!

Desde el punto en que admirado
tu hermosura contemplé
tu hermosa imagen grabé
en mi amante corazón;
y cuando verte no puedo
yo me consuelo con ella.
¡Ay Aliemi, Aliemi bella,
ámame por compasión!!



En un rato de mal humor

LA MUJER

¡Oh mujer! Monstruo fatal,
negra furia del Averno,
que solo viniste al mundo
a ser del hombre el tormento.

Diote Dios, mal dije, el Diablo
rostro y mirar hechiceros
y poder para fingir
un corazón puro y tierno.

Viles armas que manejas
con muchísimo denuedo,
y si alguno las resiste
¡qué pronto su orgullo necio

porque en el tuyo te hirió
castigas y con exceso!
Mas, ¡ay de aquel que engañado
por un suspiro embustero,

por un lánguido mirar
de unos ojos halagüeños,
a tus pies se postra dócil,
creyendo que será eterno

el placer que seductora
le ofreciste como cebo!
que cuando llega a sus labios
el vaso que creyó lleno

de néctar y de ambrosía,
halla tan solo veneno.
Imagen tuya es la copa:
fuera, miel: dentro... el infierno.

Y nunca queda extinguida
la rabia en tu fiero pecho
cuando miras a tu amante
que está a tus pies sin consuelo.

Entonces con más doblez
sabes tenerle sujeto:
mientras maldice su suerte
le abrasa de amor el fuego.

Su estado, ¡cuál te complacer!
¡Cuánto aumenta tu contento,
verle triste, si tu orgullo
se vió por fin satisfecho.

«Pura, cándida, inocente,
«del amor raudal eterno,
«ángel del Cielo venido
«a ser del hombre el consuelo».

Así te llaman algunos
que a tus cadenas sujetos,
de su ser degenerados
son locos o poco menos.

Sirvan estos de juguete
a tus necios devaneos;
yo desprecio tus caricias...
dije poco, las detesto;

que eres, odiosa mujer,
negra furia del Averno,
que solo viniste al mundo
a ser del hombre el tormento.



HIMNOS

I

Ya el Sol en la mitad de su carrera
al orbe inunda con su luz divina
y de su abierto seno se desprenden
torrentes de su lumbre peregrina.

Tú, Jesús, verdadero Sol, que abrasas
con nuevo ardor al mundo inconsecuente,
ayúdanos propicio, a que perfecta
llegue a ser nuestra caridad ferviente.

II

Ya el Sol al Occidente
con tardo paso llega;
la noche a reinar viene

tapizada de estrellas.
¡Tal de la vida pasa
la rápida carrera!

Had tú, Jesús divino,
tú, que en la cruz murieras
y que el brazo extendiste
para abarcar la tierra,
had que en cruz afrentosa
pero en tus brazos muera.



A...

¡Oh! si tuviera dulcísima
de Garcilaso la voz;
si de su sonante cítara
pudiera imitar el son;
si poseyera aquél mágico,
celeste, divino don,
que su nombre hasta el Empíreo
claro y famoso llevó,
yo celebrara en mis cánticos
al objeto de mi amor
y del mundo por los ámbitos
encontrara admirador,
porque nadie con más títulos
debe serlo, ni mejor.

Blanca es su tez y suavísima,
sonrosada la color;
en su pura frente cándida

Febe su faz retrató,
 y al cruzar el cielo, pálida
 muchas veces la envidió;
 lucientes sus ojos árabes
 como los rayos del Sol;
 en su rostro brilla límpida,
 pura, como una ilusión
 y fugaz como un relámpago
 casta sonrisa de amor;
 sus cabellos, cual el ébano,
 y en ellos enredador
 bullicioso juega el céfiro
 que otros más bellos no vió;
 esbelto talle de sílfide
 y conjunto encantador.
 Nunca en un sueño fantástico
 pudo la imaginación
 juntar un ser tan magnífico,
 de tan rara perfección;
 que en ella Dios puso un límite
 a que el hombre no llegó.

Deja las bóvedas
 de azul color;
 desciende rápida
 a mi mansión

tú de los númenes
 inspiración.

Fuego a mi cántico
 da, y a mi voz
 tierna la música
 del ruiseñor,
 o la que mística
 en dulce son
 bellos los ángeles
 dan al Señor,
 y pueda armónica
 bella canción
 cantar al ídolo
 de mi pasión.

Inocente niña tímida
 como el Angel del Señor,
 enjuga las tristes lágrimas
 de este infeliz amador,
 y en su pena horrible mírale
 con ojos de compasión;
 allá en el fondo recóndito
 de su herido corazón
 se grabó tu imagen célica
 desde el punto en que te vió.
 Y desde entonces el mísero
 nunca descanso encontró;
 nunca tampoco un antídoto
 a su creciente pasión.

¡Infeliz! Si tú solfeita
no mitigas su dolor,
morirá inocente víctima
en las aras del amor.



A UNA JOVEN

Virgen cándida, que del amor ciego
las borrascas no sufres todavía,
siempre te encuentro en la memoria mía
quitándome el reposo y el sosiego.

¿No conocías el ardiente fuego
que ha tanto tiempo en mi pecho ardía?
Y que mi amante corazón sufría
¿ignorabas Aliemi? Sí, mas luego

que tu alma, que será siempre sencilla,
conozca de pasiones y de amor
la eterna, mala y pèrfida semilla,

entonces, ¡ay Dios!; este cruel calor
le apagará tan solo una mirada
altiva, con tu rostro encantador.



EL LLANTO

(CANCION)

*A mi amigo Felipe Diaz de la Cruz,
autor de la música*

I

¿Por qué tu faz bella
se ve, mi adorada,
con llanto bañada
perdido el color?

¿Por qué tú graciosa
sonrisa de amante,
por qué tu semblante
su brillo perdió?

Cruda la suerte
lágrimas tristes
te hace verter;
tú, pobreilla,

¡ay! no resistes
tal padecer.

Los que sabeis la pasión
con que adoro a mi beldad,
consolad mi corazón,
llorad conmigo, llorad.

II

¿Por que la fortuna
nos tiene distantes
en estos instantes
de acerbo pesar?

Mi pecho con verte
quedara aliviado;
¡ay! quien a tu lado
pudiera llorar!

Llora, querida,
llora que el Cielo
te escuchará;
viendo tu llanto
grato consuelo
pronto dará.

Los que visteis el quebranto
en que gime mi beldad,
condoleos de mi llanto,
¡llorad conmigo, llorad!



A UNA VID

(SILVA)

Tú que de verde ornada
pobre parra, te vistes algún día,
al llegar la estación del hielo fría
de tu hermosura fuiste despojada.

El Aquilón furioso
con el granizo armado
cruel y despiadado
quitó las galas a tu talle airoso.

Y ¿quién hay que a la vista
de tu tronco desnudo
en el invierno crudo,
sus lágrimas resista?

Con cuanta más razón yo, desdichado,
podré llorar mi trabajosa pena,
que a safrir para siempre me condena
los despojos de un bien que ya ha pasado
del que solo memorias funerales
¡Ay! quedan, para aumento de mis males.



LETRILLA

Hoy con mi voz pretendo
incauta jovencilla,
mover tu tierno pecho,
decirte de caminas
en la orgullosa corte
morada de delicias
que ocultan bajo un manto
de bellas florecillas,
sólo ásperos abrojos
y punzantes espinas.
Joven, desamparada,
candorosa y sencilla,
¡ay! ¡en cuántos escollos
peligrará tu vida!
que es tu vida la honra
y el viento la mancilla.

Teme, teme los tiros
de la soberbia envidia
aunque de la lisonja
el ropaje se vista,
pues luego se convierte
en ponzoñosa víbora,
y es mortal el veneno
que su boca destila.
De la ambición funesta
las perniciosas miras
podrán hacer de tí
su desgraciada víctima.

Mas nada tan temible
a una inocente niña,
como el amor mentido
que con sagaz perfidia
te inspira nn cortesano
pensando, en su malicia,
jugar con tu candor
y con tu fé sencilla.
Mas piensa, que ni él mismo
las frases conque pinta
lo puro de su amor
y tu beldad divina,
osa creer, pues sólo
la vanidad le guía.
Cual cazador astuto
que imita la armonía
conque su amor exhala

la codorniz sencilla,
tiende su red traidora
y al venir engañada
do la pasión la incita,
desoye sus querellas
y con gran villanía
muerte la da cruel
y gózase en su víctima.
¡Ay! al traidor reclamo
no vayas seducida,
que morirás cual suele
la codorniz cautiva.

Y ¿cómo preservarte
del mundo y de sus iras?
Huye ese mundo infausto,
huye la corte impía
y vente al campo, donde
tu tierno amigo habita,
donde te aguardan sólo
placeres y delicias.



UNA IMAGEN DE LA VIDA

I

En la ribera escabrosa
que baña el Tajo dorado,
yo miraba enajenado
la corriente tortuosa.

Ya sus aguas con dulzura
tranquilas se deslizaban
y en su faz se reflejaban
caprichosas mil figuras.

Apenas suave murmullo
denotaba su corriente,
cual de tórtola doliente
el lejano, triste arrullo.

Ya veloces revolvían
en rápido remolino,
y en su fondo cristalino
cuanto hallaban sumergían.

Ronco sonido profundo
se esparcía en su derredor,
semejante al extertor
de afligido moribundo.

Ya en la orilla se estrechaban
por el viento combatidas,
y parece que atrevidas
salvar el cauce anhelaban.

O ya con ímpetu horrendo
caminan sus linfas locas,
y furiosas entre rocas
se precipitan mugiendo.

.....

Y mis ojos contemplaban
las ondas una por una;
pero luego que pasaban,
en vano, ¡ay! procuraban
volver a ver a ninguna.

.....

II

Es del río la corriente
una imagen reasumida
del camino de la vida
según le pinta mi mente.

Que cual ser angelical
unas veces, quieta el alma
goza de plácida calma
en su estado virginal.

Si no debe padecer
de las penas la agonía
tampoco tiene alegría
ni los goces del placer.

Otras veces triste llora
recuerdos del bien pasado
y el fastidio que han dejado
la consume y la devora.

Por eso en sí se repliega
con dolorosa amargura
y en su pena horrenda y dura
hasta el llanto se la niega.

Ya la halagan misteriosas
variadas de mil maneras

ilusiones lisonjeras,
puras, rientes y hermosas.

Loca en pos de ellas se lanza
con juvenil candidez,
siendo víctima a la vez
del temor y la esperanza.

O ya con furia violenta
sin mirar se precipita
en la sima do la incita
una pasión turbulenta.

¡Y se deslizan los días
y se deslizan los años,
con sus tristes desengaños,
con sus penas y alegrías!

Y sin dejar de correr
prosigue el tiempo inclemente
cual del Tajo la corriente
para nunca más volver.



MADRIGAL

Dime, blanca paloma
que el aire cortas con presteza suma:
¿diste quizá la nieve de tu pluma
y tu dulce mirar a mi querida?
No; tú fuiste atrevida
quien al mirar su cándida hermosura,
su gentil apostura
y su tierna mirada
de todos deseada,
cruel se las robaste
y con ellas ufana te adornaste.



HIMNO PATRIOTICO

Coro

*Las viles cadenas
debeis sacudir,
que esclava la España
no sabe vivir.*

I

Si torpes ministros
la hollaron un día
feroz tiranía
haciendo reinar,

sus hijos valientes
las armas tomaron

y al fin les mostraron
que saben triunfar.

Coro

II

Honor a los héroes
de pecho esforzado
que os han alcanzado
feliz libertad.

Pues ellos cobraron
la santa bandera
que el pueblo venera,
de unión liberal.

Coro

III

Sus hechos honrosos
celebra la Historia;
su templo la Gloria
les abre también,

y mientras la fama
sus timbres pregona,
les ciñe corona
de eterno laurel.

Coro

IV

Podeis ya tranquilos
felices esposos,
mancebos fogosos
las armas dejar,

y al lado de bellas
esposas constantes
o tiernas amantes,
delicias gozar.

Coro

V

Mas cuando angustiosa
la patria os llamare
o altiva se alzare
bastarda ambición,

volad al combate
con rápidas alas,
y silben las balas
y truene el cañón.



ALIEMI DESGRACIADA

ODA

Aliemi hermosa, en la ribera amena
que el Tajo baña con sus ondas de oro,
triste cantaba con su voz divina
dulces lamentos.

Los pastores que estaban en el valle,
las zagalas que fieles la querían,
sus amargas querellas escuchando
tados lloraban.

Las aves sus gorjeos suspendían,
el Tajo su murmullo, hasta las fieras
su natural feroz, y se mostraban
tristes oyendo.

Aliemi, que un tiempo feliz era,
Aliemi, que un tiempo sosegada
sólo cantares entonaba alegre,
canta desdichas.

¡Pobre Aliemi! Su rostro, placentero
en otros tiempos, al dolor cediendo
del Tajo en la corriente cristalina
mira marchito.



A MANUEL DELGADO Y CANO

(SONETO)

¿Viste, Manuel, en derrotada nave
al triste navegante sin consuelo,
pidiendo con fervor al alto cielo
la embravecida tempestad acabe?

Como su suerte el mísero no sabe,
cubre sus ojos de la muerte el velo...
o bien ya pisa de la playa el suelo...
¡Tan varió piensa en su delirio grave!

Tal de ilusión en ilusión vagando
tu triste amigo padeciendo vive
en su distante porvenir pensando:

que si acaso brillante le percibe
en mágicos ensueños, despertando
crüel parece, y su dolor revive.



AMOR DE NIÑO

I

Era yo inocente niño
y el cariño
de mi madre me bastaba,
si de algún pueril quebranto
fácil llanto
a mis ojos asomaba.

¡Cómo felices llegaban
y pasaban
entre juegos infantiles,
entre amorosas caricias
y delicias
de mi infancia los abriles!

Entonces gozaba el alma
 grata calma
 sin sufrir ni padecer:
 todo era en torno alegría
 y a porfía
 todo brindaba el placer.

Era mi vida sencilla
 cual barquilla
 que en una mansa corriente
 por el favonio halagada,
 sosegada
 se desliza lentamente.

¿Por qué esta edad lisonjera
 tan ligera,
 tan fugaz desapareció?
 ¿Por qué los años pasaron
 y robaron
 tanta dicha al corazón?

II

Yo ví una tierna doncella,
 joven, bella,

cual la diosa del amor:
 era rara su ternura,
 su hermosura,
 su pureza y su candor.

Alta, gallarda y ligera
 cual palmera
 por el céfiro mecida;
 negro el cabello luciente,
 tersa frente
 cual por Fidias esculpida.

Color blanca y sonrosada;
 la mirada
 ardiente y dulce a la vez;
 negros, brillantes, los ojos;
 labios rojos,
 finos dientes, fresca tez.

Era imposible mirarla
 sin amarla
 con ardorosa pasión;
 yo que cerca la veía
 no podía
 sujetar mi corazón.

De sus gracias era tanto
 el encanto,
 que sin quererlo, ¡Dios mío!
 necio y loco, no la amaba;
 ¡la adoraba
 en mi ciego desvarío!

En vano lo resistía
 pues sentía
 que me faltaba el valor.
 Esa mujer tan divina
 me fascina
 con su aliento seductor.

Su sonrisa me estremece;
 me enloquece
 con su fúlgido mirar;
 y su voz de encanto llena,
 me enagena
 sin poderlo remediar.

III

Era un niño todavía,
 cuando un día
 mis ojos por vez primera
 llenos de asombro notaron

y admiraron
 esa beldad hechicera.

Sin saber qué me pasaba,
 yo temblaba;
 de placer me estremecía,
 y el corazón sin reposo
 presuroso
 también con fuerza latía.

Y desde entonces mi vida
 vió perdida
 aquella dichosa paz
 que mi pecho antes sentía
 y ora vía
 que se escapaba fugaz.

Desde aquel fatal momento
 el contento
 para siempre huyó de mí,
 y es tan aciaga mi suerte
 que la muerte
 veces mil apetecí.

Nadie consuela mi llanto,
 ni el quebranto
 que me produce el dolor.

Y esa bella encantadora
 quizá ignora
 que la tengo tanto amor.

Pues si a veces denodado
 quise osado
 que mi pasión conociera,
 nunca mis labios se abrieron
 ni dijeron
 una palabra siquiera.

.

Nadie sabe que yo lloro;
 que devoro
 en silencio mi aficción,
 y que este amor tan vehemente,
 lentamente
 me consume el corazón.



CANCION

¿Por qué en tu faz se ven ¡oh mi adorada!
 las lágrimas correr?

¿Por qué miro tu frente marchitada
 donde brilló el placer?

En ti la suerte por demás impía
 se ceba con rigor
 y hace a tu pecho, do el amor vivía,
 morada del dolor.

Llora, llora, mi bien, que así consuelo
 tus penas hallarán,
 que es don el llanto que nos manda el Cielo
 cuando nos ve penar.



LA NIÑA Y EL ROSAL

*(A mi querido amigo
Francisco Garrote y Echevarría)*

I

Era Dolores
preciosa niña
de tez rosada,
frescas mejillas,
negros ojuelos,
boca de risa
y quince abriles
pronto cumplía.

En su ventana
puesto tenía

un rosal bello
de Alejandría;
único amante,
sola delicia
que ora llenaba
su alma sencilla.

Al levantarse
todos los días,
¡qué cariñosa,
qué complacida
en su cultivo
se entretenía,
cantando alegre
horas perdidas!
Con él hablaba,
con él reía.

Cuando inclemente
alguna espina
ruda picaba
su manecita,
casi enfadada
le reprendía.
Y si un capullo
bello se abría,
llena de gozo
y de alegría,
besos le daba

loca la niña.
Por eso viendo
tantas caricias,
más de un mancebo
túvole envidia.

II

Así pasaron
meses y días,
y al cabo de ellos
la jovencita
bella Dolores
no era la misma.
Sus negros ojos
lánguidos miran;
ya no aparece
en sus mejillas
aquella fresca
rosada tinta;
ya no cantaba,
ya no reía;
llora unas veces,
otras medita,
otras la pobre
tierna suspira.

Y su rosal

triste la imita.
Sus verdes hojas
ya se marchitan;
hasta las rosas
mustias se inclinan
sobre su tallo
descoloridas.

¿Por qué la joven
así descuida
a su mimada
planta querida?
Otros cuidados
su pecho agitan:
bello mancebo
mirola un día,
y en su mirada
flecha escondida
que amor artero
la despedía,
hizo en su pecho
cruel herida.
¡Y en un momento
voló la dicha
que disfrutaba
la pobre niña!



OCTAVA

Cuando sumida el alma en la tristeza
negros fantasmas por doquier veía;
cuando el pesar, con singular rudeza
en acerbo dolor la consumía,
un ángel vino de sin par belleza
del alma Cielo do mansión tenía,
hermosas formas de mujer tomaba
y mi pena cruel se minoraba.



LA DESPEDIDA

De la vida en el albor
un joven y una doncella
unidos por el amor
desahogaban su dolor
en lamentosa querella.

Sus quejas al aire daban
con voz débil, lastimera...
eran jóvenes, se amaban,
y acaso se separaban
entonces por vez primera.

ÉL

Cese mi amada tu llanto
y tu amorosa porfía

que sumen el alma mía
en angustioso quebranto.

No añadas nuevo pesar
al que mi pecho tortura
cuando lleno de amargura
voy tu presencia a dejar.

Y ya que la suerte impía
así fiero nos lo ordena,
tu bello rostro serena
y en mi cariño confía.

No llores, no; presuroso
este tiempo correrá
y otro ¡ay! pronto vendrá
para los dos más dichoso;

en que volver a tu lado
mires de amor anhelante
a tu siempre tierno amante
más que nunca enamorado.

ELLA

Yo a tu encuentro volaré
cuando anuncies tu venida,
y en mis brazos complacida
con ardor te estrecharé

Y en la violenta emoción
que enajene mis sentidos,
en los frecuentes latidos
de mi alegre corazón,

con placer descubrirás
que para el hombre que adoro
tengo de amor un tesoro
que no se agota jamás.

Mas permíteme que en tanto
mi aciaga suerte deploro;
déjame ahora que llore,
pues sirve de alivio el llanto.

ÉL

¡Ah, mi bien! pluguiera al Cielo
que esas lágrimas vertidas
de tu pecho en las heridas
le sirvieran de consuelo.

Adiós, me voy, mi adorada;
pero piensa que, aunque ausente,
llevo tu imagen presente
siempre en el pecho grabada.

ELLA

Vete, sí; de tu presencia
lejos, iré llorando

uno por uno contando
los momentos de tu ausencia.

Visitaré cariñosa
los lugares que solía
en tu amiga compañía
recorrer antes dichosa;

y en mi triste desvarío
de tu amor les hablaré
y las penas les diré
que sufre el corazón mío;

Al aura que vagarosa
fresca acaricia mi frente,
le pediré que clemente
vuele hacia ti presurosa,

y en sus alas perfumadas
del aroma de las flores,
te lleve de mis amores
gratas nuevas deseadas.

Yo te daré desde aquí
tiernos besos amorosos
que puedan llegar, ¡dichosos!
con el céfiro hasta ti.

Al ave que veleidosa
en el árbol se encarama

volando de rama en rama,
yo le diré cariñosa:

«Avecilla que ligera
cruzas el aire azulado,
¿acaso viste a mi amado
y eres tú la mensajera?»

Si te mueve la afición
que escuchaste en mis cantares,
si te mueven los pesares
de mi amante corazón,

corre, vuela sin demora
rasgando el azul del cielo,
y llévale algún consuelo
de la que tanto le adora».

Cuando en la noche callada
vaya la luna cruzando
por el cenit ostentando
su triste luz plateada,

«lejos—le dices— de aquí
mirando tu faz serena
una persona que pena
se está acordando de mí.

Y esa que tú ves constante
todas las noches, ¡oh Luna!

que te ruega y te importuna
preguntando por su amante;

esa que absorta ante ti
con mudo dolor te mira;
esa que al verte suspira
pero suspira por mi».

.

Enmudecen: sus acentos
los sollozos sofocaron
y sus voces se tornaron
en angustiosos lamentos.

A un tiempo luego los dos
con lacrimoso semblante
y voz flaca, agonizante,
«adiós,— dijeron — adiós».

.

El mancebo se marchó
y la joven, afligida,
desconsolada lloró,
y por su pronta venida
muchas veces suspiró.



SONETO

Cándida virgen, que del niño ciego
las borrascas no sufres todavía,
siempre te encuentro en la memoria mía
quitándome el reposo y el sosiego.

Tú no conoces el ardiente fuego
que consume mi pecho noche y día;
tú no sabes que en mísera agonía
con llanto de dolor el alma anego.

¡Ah, sí, mi bien! desde el fatal momento
en que triste partí de tu presencia,
tomó la duda de mi pecho asiento.

Los votos que con tímida inocencia
me hiciste; de amor el sentimiento,
¿no cederán al tiempo ni a la ausencia?



A UN NIÑO DORMIDO
(CANCION)

Duerme tu sueño tranquilo
tierno niño candoroso
al abrigo cariñoso
del regazo maternal,

donde en medio de cuidados
y de amorosas caricias,
Dios te ofrece la delicias
de la mansión celestial.

En tu faz siempre serena,
en tu frente despejada
se contempla retratada
tu pureza y tu candor.

Y tu pecho que se agita
respirando dulcemente,
bien indica que no siente
ni zozobra ni temor.

Nada turba tu sosiego;
no temas, feliz criatura,
porque vela con ternura
siempre tu madre por ti,

y un puro arcángel que habita
la región de las estrellas,
te cobija con sus bellas
alas de oro y de zafir.

Duerme en paz: así empañara
tus ojos suave beleño,
para que dulce tu sueño
siempre hubiera de durar;

Y libre entonces el alma
de los males de esta vida,
viera su dicha cumplida
sin sufrir y sin llorar.



EL SENTIMIENTO

DESCONOCIDO

Si lloro triste la penosa ausencia,
mi tierno pecho la zozobra agita;
mas grato y dulce el corazón palpita
cuando gozando estoy de tu presencia.

Un extraño placer el alma siente,
y arrastrado por él, ciego procuro
ceñir mis brazos a tu seno puro
y unir mi boca con la tuya ardiente.

Pero esta mezcla de placer y pena,
¿es por ventura la pasión fogosa

de amor? — Si lo es, la suerte rencorosa,
corazón, al silencio te condena.

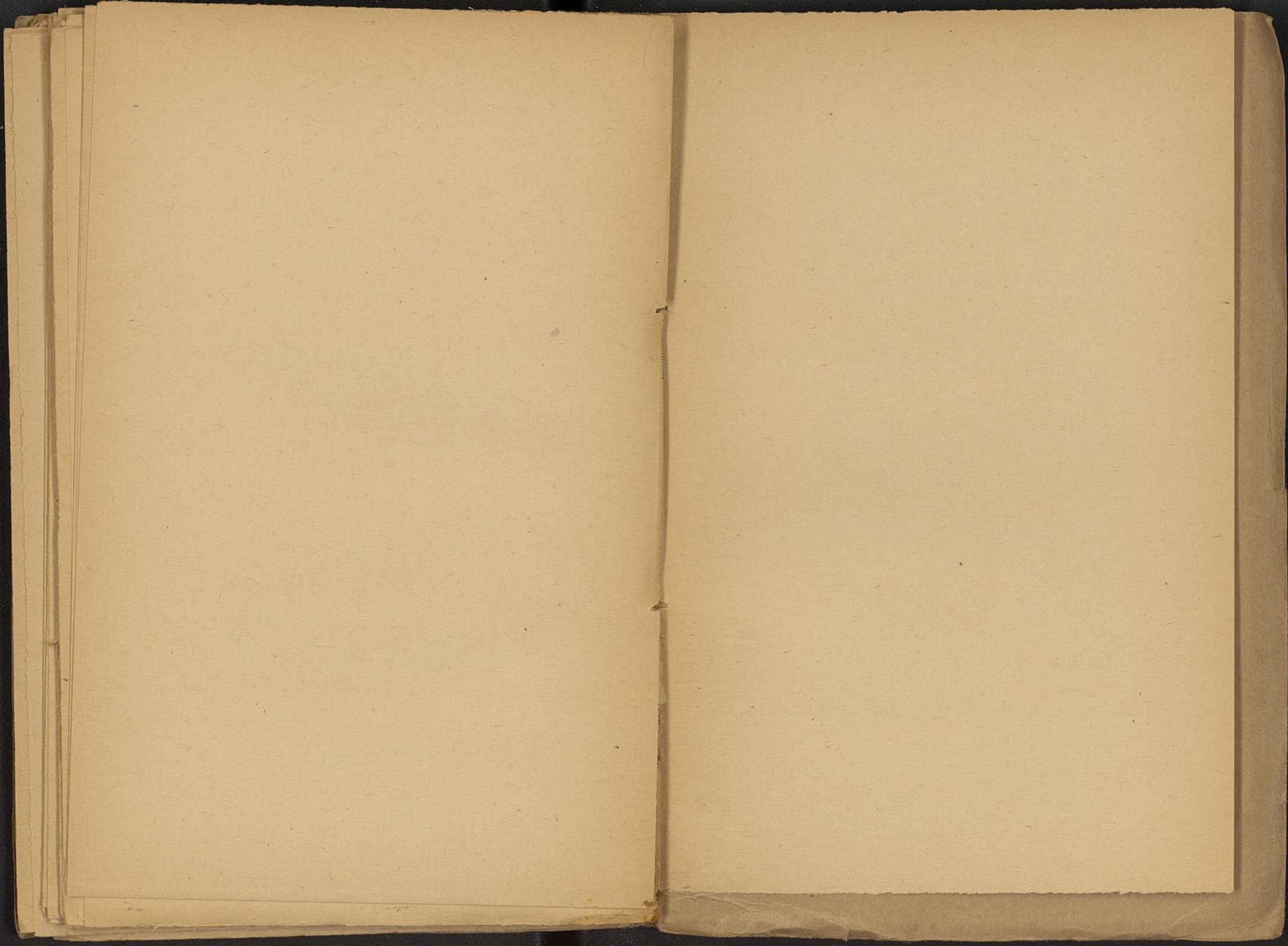
Ya que no pude sofocar un día,
la débil llama que voraz se hiciera,
al menos, sepultarla yo quisiera
en oculta región del alma mía.

INDICE

<i>D. Bernardino Sánchez y su obra</i>	5
<i>Retrato</i>	13
<i>La Flor del Desierto.</i>	16
<i>Aliemi</i>	21
<i>La Mujer</i>	23
<i>Himnos</i>	27
<i>A....</i>	29
<i>A una Joven</i>	33
<i>El Llanto</i>	35
<i>A una vid</i>	39
<i>Letrilla</i>	41
<i>Una Imagen de la Vida</i>	45
<i>Madrigal.</i>	49
<i>Himno Patriótico</i>	51
<i>Aliemi Desgraciada</i>	55

A Manuel Delgado y Cano	49a
Amor de niño	51a
Canción.	57
La Niña y el Rosal	59
Octava	63
La Despedida.	65
Soneto	73
A un Niño Dormido	75
El Sentimiento Desconocido	79
INDICE	83

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE EL CRO-
NISTA, DE SERRADILLA,
EL DÍA 12 DE ENE-
RO DEL AÑO
1923



Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD